

Reflexión Uruguaya

Cuando el uruguayo, en un momento de calma, echa en torno suyo una mirada meditativa, cargada con la intención de comprender, suele perder aquella calma y sentirse, por lo contrario, sobrecogido por una intensa sensación de desasosiego. Nos referimos, claro está, a esos momentos en que la atención se detiene no ante una flor, un paisaje o el juego de unos niños, sino ante ese conjunto de cosas - estructura compleja - que solemos llamar nuestra realidad nacional. Ante la extraña cualidad de esa realidad - de rasgos tan difusos, de perfiles tan oscilantes - aquel uruguayo meditativo puede hasta experimentar la necesidad de preguntarse quien es él mismo y en qué mundo vive. Y en efecto, ¿qué es lo que ven, en primer término, esos ojos meditativos, cargados con la intención de comprender? Ven, desde luego, lo que con o sin razón, se llama nuestro cosmopolitismo. La más somera observación de nuestra realidad - considerada en su conjunto: vida rural y vida urbana, creaciones culturales y aspectos materiales - permite constatar que ella se constituye, sin lugar a dudas, por un cruzarse y entrecruzarse de los elementos más variados y dispares, en cuyo entramado intervienen, en desiguales dosis, lo llamado "autóctono" y lo denominado "foráneo". Si entramos en una churrascuería nos ofrecerán junto con el asado a la criolla el puchero a la española, y podemos, si lo deseamos, iniciarnos con un trozo de la pizza italiana. Si atendemos (permítase el eufemismo) al estilo edilicio de nuestra ciudad, veremos desde la reja colonial, de procedencia española, hasta la pelada chatura de algunos rascacielos de bolsillo cuyo origen debe buscarse en algún lejano país del norte. Y entre ambos extremos, cabe una gama muy variada de estilos, a

seudo-estilos arquitectónicos. En el mismo aspecto, si de la ciudad pasamos a la campaña se podrá observar que el rancho de quincha y cebato alterna con las construcciones imitadas de los más diversos países europeos. Hemos propuesto unos pocos ejemplos, que estimamos suficientes, pero ellos, como los murmullos en el mar de Homero, podrían multiplicarse hasta lo innumerable. Sobre todo, si además de los aspectos materiales de nuestra realidad, atendemos a las creaciones del espíritu: literatura, filosofía, arte en general. Innecesario es, desde luego, por menorizar al respecto. Cualquier lector puede, sin esfuerzo, comprobar cómo también allí, - incluso, desde luego, en la obra de nuestros creadores fundamentales, de valor permanente - lo "autóctono" y lo "foráneo" la problemática nacional y la influencia europea, se dan la mano. Y conste que todo lo dicho, no lo hemos dicho con intención peyorativa. Constatamos, simplemente, un hecho objetivo, una situación que creemos de innegable evidencia, y que, al ser vivida dramática y angustiosamente, explica aquel desasosiego de que hablábamos al principio. Porque si un individuo nace, se desarrolla y muere dentro de un contorno social de trazos poco nítidos, suele ocurrir que oscila de un lado a otro sin saber dónde afirmarse. A la descharacterización del contorno social suele corresponder la impersonalización del individuo. ¿Cómo sorprenderse, entonces, que, en la búsqueda de las vías de su autenticidad, ensaye el uruguayo los ademanes interiores más diversos? Hay, así, quien, pretendiendo lo contrario, se dedica apasionadamente a la lectura de Henry James y a beber todos los días su te a las "five o'clock", y quien, por fin combina actitudes contrarias, conservando la guitarra en el ropero y colocando las obras de Plotino en la mesita de luz, para que ni el espectro del viejo Artigas lo mire de reojo ni la cultura occidental lo desampare. Para evitar esta incómoda situación, que obliga, como ciertos dolores, a cambiar continuamente de postura, ¿no convendrá practicar, de cuando en cuando, junto a la introspección individual, lo que podríamos llamar introspección colectiva?

Las observaciones que anteceden evidencian, a nuestro entender, que conviene que cada cual realice un esfuerzo sincero, y en la medida de sus posibilidades, por alcanzar algunas convicciones que le permitan tomar postura interiores que sean a la vez cómodas y concordantes con nuestra realidad histórica y vital. Así lo hacemos ahora, aunque sin la pretensión, que sería sin duda vana, de alcanzar resultados definitivos. Para ello proyectaremos la mirada desde nuestro presente hacia nuestro pasado. Esa mirada, desliziéndose con cierta velocidad cinematográfica sobre nuestro proceso histórico, permite descubrir en él cuatro instancias. Describiremos a continuación esas cuatro instancias, atendidos, desde luego, sólo a lo que interesa a nuestros fines, para extraer luego algunas consecuencias. La primera instancia es aquella en que el territorio está sólo habitado por los aborígenes. Hay aquí una forma de vida "espontáneamente" creada por el medio. Esa forma de vida es, ya lo sabemos, sumamente primitiva. Pero hay, hasta donde lo podemos saber, hábitos, usos, modos de vida que, dentro de su primitivismo, poseen originalidad. Esta primera instancia es la instancia en que hay en nuestro país, realmente, "vida aborígen o autóctona", en el sentido más precisamente etimológico de la palabra: habitantes originales de su misma (autós) tierra (jzón). La segunda instancia corresponde al período en que la civilización europea, tras el descubrimiento y la conquista, se traslada a nuestro territorio e impone, junto a aquella forma "espontánea" de vida, otras formas traídas de Europa. Estas nuevas formas no son idénticas a las europeas. Sólo son emergentes de estas últimas, y, por consiguiente, solamente semejante a ellas. De hecho, son el resultado de la inter-acción de lo europeo y el nuevo medio. Por tanto, es una forma original de vida, con sus caracteres diferenciales y su temperatura vital propia. Estamos ante "la vida colonial". La tercera instancia es la del período en que, junto a las dos formas de vida indicadas, surgen nuevas formas de vida no europeas ni emergentes de ellas, sino de las nuevas condiciones en que se halla el país: surge el gaucho, que aporta la originalidad ruda y áspera de su vida, con su hálito de primitivismo y barbarie pero nimbada de un "hélan" - que en la gesta de la independencia

será épico - desconocido hasta entonces. A esta forma de vida, nos atreveríamos a llamarla "vida autóctona en segundo grado". No es ya vida totalmente aborígen, pero es, sí, una vida hasta entonces totalmente inédita que, para revelarse, requirió determinadas circunstancias históricas. Falta, ahora, la cuarta instancia. Antes de llegar a ella, nos detendremos para agregar una observación. Las tres instancias descritas no son, desde luego, estructuras estáticas sino organismos dinámicos vivos, y las formas de vida que se dan en ellas, al mismo tiempo que evolucionan de acuerdo con su propio carácter interno, se modifican como consecuencia de sus mutuas inter-relaciones. Se armonizan, a veces; chocan y se contraponen en ardua lucha, en otras ocasiones. Desde sus cimientos coloniales, crecen los centros urbanos, en especial, claro está, la capital. Alrededor de las estancias - con el gaucho contra el gaucho, y sufriendo, lejanamente, el secreto influjo de la ciudad - se organiza la campaña. Luego de prestar su heroico concurso a la gesta emancipadora, el aborígen es cruelmente exterminado. Entran a veces, en colisión la ciudad y el campo, y a pesar de sus antagonismos, se inter-influyen. Llegamos así a la cuarta instancia. En ella se dan dos hechos característicos, y que toda la trayectoria de nuestro proceso histórico hacía previsible: primero, la creciente cosmopolitización de la capital, no sólo a través de la asimilación de las oleadas inmigratorias, sino también por la creciente integración de las formas culturales europeas; segundo, la radical modificación de los modos vitales de la campaña, que varía su fisonomía al absorber, por el puente que le tiende la ciudad, los elementos - ferrocarril, telégrafo, etc. - de la civilización europea. Con lo cual va desapareciendo "el gaucho crudo y la estancia cimarrona". El gaucho es suplantado por el "paisano", ya sea éste hacendado, pequeño chacarero, peón rural o cualquiera de las numerosas variantes - por posición social, por su oficio - que dentro del tipo pueden darse. En esta cuarta instancia, en la cual aún nos encontramos, se da lo que nos atreveríamos a llamar "vida colonial en segundo grado". No hay ya "aborígenes", hay "criollos", sean estos del campo o de la ciudad. Y el criollo es un descendiente

de la vieja colectividad europea. Pero un descendiente que imprime peculiares inflexiones a la conformación intelectual y los hábitos de vida heredados. El criollo es, en cierto modo, un europeo radicado en América. De esa dualidad o ambivalencia surgen muchos de los grazos de su perfil espiritual. Digamos, para finalizar estas observaciones, que nuestra división no pretende invadir la jurisdicción de los historiadores. Ha sido establecida en función de la finalidad perseguida en estos apuntes y, por consiguiente, puede no ser válida desde otros puntos de vista. Todo es una cuestión de perspectiva. Por lo mismo, no hemos encapsulado entre fechas cada instancia, evitando la rigidez de las divisiones cronológicas que rara vez coinciden con la realidad.

De lo dicho, dos conclusiones surgen claramente, con el aspecto de una evidencia innegable; aunque a primera vista parezcan discrepantes, no lo son, sin embargo, y se concilian. Sumariamente expuesta, la primera conclusión se formula así: todo el proceso evolutivo de nuestra historia dibuja una nítida línea de creciente europeización del país, desde lo más superficial y sencillo - la indumentaria y los usos -, hasta lo más profundo y complejo, las creaciones culturales. Este hecho es esencial e ineludible. No debiéramos perderlo nunca de vista, porque, quizás por ser excesivamente evidente, solemos olvidarlo. Sin tenerlo en cuenta es imposible explicar nada ni explicarnos a nosotros mismos. Eludir ese hecho es cegarnos para la comprensión de nuestra realidad. Expuesta también sumariamente, la segunda conclusión es la siguiente: a pesar de esa creciente europeización del país, en él no hubo nunca, ni lo habrá jamás presumiblemente, "vida europea", considerada ésta, con todo rigor, en su esencial pureza. No la hubo ni podrá haberla, porque una forma de vida es, primordialmente, consecuencia de los problemas que a la vida misma se le plantean. Y los problemas que enfrenta nuestra vida son distintos a los que enfrenta la europea. Y nos referimos, desde luego, no tanto a los problemas a veces arduos y pesados, pero siempre triviales, que deri-

van de las necesidades biológicas - comer, beber y todos los etcéteras que se saben - como a los problemas mucho más complejos y sutiles, aunque más etéreos, que impone la vida en cuanto hecho espiritual. Shora bien: si el país ha sufrido un continuo proceso de europeización sin que lleguemos a ser vidas europeas, ¿qué somos, cuál es en definitiva nuestra vida? Ya lo hemos dicho: descontada la vida aborígen, ha habido vida autóctona y colonial en segundo grado. Cada una de estas formas de vida posee rasgos diferenciales que las peculiariza nítidamente. Subrayar esos rasgos sería extenso y puede ser, quizás, materia de otro ensayo. Pero aunque no nos detengamos ahora a dibujar las facciones de esas formas de vida, haremos una afirmación que podría servir como hebra inicial para desmadejar la cuestión y que dará, en forma oblicua, parcial respuesta a la pregunta planteada más arriba. Y ésa afirmación es ésta: no todo lo que solemos llamar "autóctono" lo es en estricto rigor, sin que eso le impida ser una creación original de nuestra vida, pero, en estricto rigor también, no todo lo que es, efectivamente, "foráneo", puede ser considerado, por ese mero hecho, como un obstáculo a nuestra autenticidad. Para ilustrar esta afirmación, no buscaremos ejemplos en los estratos del mundo cultural - donde el problema es más complejo, aunque también, desde luego, más apasionante. Pondremos dos ejemplos que se hallan al alcance de la mano; el gaucho y el fútbol. El primero - y dejando a un lado el problema de su origen que más que problema es un misterio - constituye, sin duda, una forma original de vida rioplatense, y es, en este sentido, "autóctona". ¿Pero lo es, a pesar de su ineditéz en Europa, si atendemos a todo lo que debe a elementos "foráneos"? Apartando muchos ingredientes, entre otros el idioma, que es esencial, pues "hablar" español supone "pensar y sentir" en español, preguntemos: ¿es posible concebir la figura del gaucho sin el caballo? Esta pregunta se contesta por sí misma. Recordemos luego que el caballo no pertenece a la fauna indígena. Nos hallamos, pues, aquí, ante una forma de vida fronteriza entre lo "autóctono" y lo "foráneo". Una vida producto, por una parte, de la propia tierra, y por otra, de elementos extraños, ajenos, introducidos en ella. Y, a modo de di-

gresión, permítasenos recordar que la fisonomía misma de nuestra tierra fue modificada por ese elemento foráneo que es la ganadería. Así lo afirma Bauzá, en un fragmento que demuestra, por otra parte, que si bien el medio condiciona al viviente, éste a su vez condiciona al medio. "Livianas de cuerpo - escribe nuestro historiador - las especies nativas sin excluir las depredadoras, no aplanaban la superficie, ni dañaban la germinación de cuantiosos vegetales, hoy extinguidos, que servían de alimento y apagaban la sed. Pero los caballos y vacas, de estructura pesada, trillando y quemando el piso con sus correrías y deyecciones, fomentaron una vegetación nueva, de pastizales tupidos y cardales ásperos, destinada a fomentar rápidos engordes". Cerrada, con esta cita, nuestra breve digresión, pasaremos al segundo ejemplo propuesto: el fútbol. Como es sabido, ese deporte tan uruguayo no es uruguayo. Pero ¿no es hoy más uruguayo que inglés? ¿No le hemos impuesto nuestro carácter, tanto en lo que tiene de deporte en sí como en lo que tiene de espectáculo? Esas son también preguntas que no requieren respuesta explícita. Hasta podríamos recordar - destacando cómo le hemos impuesto hasta nuestras malas costumbres - que no hace mucho un grupo de patoteros (esto es: el malón ciudadano, sin epicidad, grandeza ni coraje) mató a alguien que tuvo la inconsciencia de gritar "¡Sud América pa todo el mundo!" en medio de una hinchada adversa. El fútbol, pues ejemplifica uno de esos casos en que lo foráneo al trasvasarse a nuestro país se integró a nosotros con tan poderoso arraigo que - y empleando el término en forma nada rigurosa - llegó a adquirir los caracteres de una creación autóctona. Si extendiéramos las observaciones apuntadas con respecto al gaucho y al fútbol a otros aspectos de nuestra realidad nacional, - en lo material y en lo cultural - quizás fuera posible resumir nuestro pensamiento expresando que la dinámica del desarrollo social y cultural del país ha consistido en una constante autoctonización de lo europeo y una correlativa europeización de lo autóctono. La fórmula es muy simple y, sin duda, no del todo rigurosa, pero, a nuestro entender, permite captar intuitivamente, y con suficiente aproximación, la dinámica de nuestro proceso histórico. Quizá esa fórmula sirva también de sedante para

aquella sensación de desasosiego de que hablábamos al principio. En efecto: ese desasosiego tenía su causa en la visión de nuestra realidad, que se nos presenta como un espectáculo caótico donde proliferan una prodigiosa multiplicidad de formas aparentemente antagónicas. Pero si comenzamos a comprender que ese espectáculo tan parecido al caos es consecuencia de una trayectoria precisa, dentro de ese caos hallaremos los indicios de un orden, o de una ley, y podrá renacer nuestra calma. Podremos entonces enfrentar a corazón abierto y en gesto de mano ancha toda esa realidad de ararancia informe y caótica, porque habremos hallado la brújula orientadora para marchar a través de ella. Comprenderemos, también, que nuestra vida actual es sólo vida en "satus nascens", vida recién emergente, vida protoplasmática. De ahí su transitoriedad, su ser un modo vital fugaz, un hecho histórico transitivo. Pero esta situación, lejos de ser desalentadora, es decididamente fértil. Insitos en ella están los gérmenes de nuestra real originalidad. Como para todo lo que se halla en estado naciente, se abre ante nosotros un ilimitado repertorio de posibilidades. De nosotros depende que se cumplan.

¿Cómo realizar esas posibilidades? ¿Qué hacer, sin andar a tientas, para hallar las vías de nuestra originalidad? Hace poco más de 120 años, don Andrés Bamas, al redactar el prospecto de *El Iniciador*, aparecido en abril de 1838, proclamaba, con arisco ademán, la imperiosa necesidad de "conquistar la independencia inteligente de la nación, su independencia civil, literaria, artística, industrial". Dos cadenas, afirmaba Bamas, nos ataban a España: "una material, visible, ominosa; otra no menos ominosa, no menos pesada, pero invisible, incorpórea, que, como aquellos gases incomprensibles que por su sutileza lo penetran todo, está en nuestra legislación, en nuestras letras, en nuestras costumbres, en nuestros hábitos, y a todo le imprime el sello de la esclavitud, y desmiente nuestra emancipación absoluta". Agregaba luego que "con el vigor de nuestros brazos y el

hierro de nuestras lanzas", fue hecha pedazos la primera cadena. Esa fue "la misión gloriosa de nuestros padres". La misión de su generación, pensaba Bamas, y la de las siguientes, consistía en deshacer la segunda cadena, si es "que nuestra personalidad nacional ha de ser una realidad". Este fiero afán de independencia - inderendencia no sólo política sino también intelectual -; este anhelo tender hacia el hallazgo de los trazos originales de nuestra personalidad colectiva ha sido, y es, una de las constantes de nuestra historia. Y en este sentido las palabras de Bamas, a más de 120 años de escritas, mantienen su vigencia, aunque no sean válidos, desde luego, todos los postulados que, siguiendo en gran parte a Esteban Fcheverría y los hombres de su promoción, proclamó como fundamento imprescindible para el logro de esa tan anhelada "personalidad nacional". Y es natural que así sea, ya que nuestra perspectiva en 1959 no puede ser la misma que en 1837. Aunque el análisis y meditación de aquellos postulados y de la problemática que encierran serían sumamente fecundos, no es posible hacerlo aquí. Pero afirmándonos en la noble aspiración de contenido permanente encerrada en las palabras de don Andrés Bamas, reiteraremos nuestras anteriores preguntas: ¿cómo cristalizar en realidades permanentes las posibilidades que nuestra actual situación nos ofrece? ¿cómo lograr la maduración de un "alma colectiva" que hagan del país una nación, tomada la palabra en su más noble sentido, y no, según la expresión de Espinola, "un simple pedazo de tierra con un montón de gente encima". Haciendo pie en nuestras anteriores consideraciones, intentaremos una sumaria respuesta.

Nuestro punto de partida es una convicción, a nuestro juicio, esencial: el hallazgo de las facciones originales de nuestra alma colectiva es tanto un descubrimiento como una invención o una creación. Vamos en busca de una región quizás todavía inexistente, pero que puede ser creada. Creada por nosotros mismos, los destinados a hallarla. Ahora bien: para crear es imprescindible innovar y para innovar es necesario contar con el pasado. ¿Cuál debe

ser nuestra actitud al respecto? Innovar no supone necesariamente la ruptura violenta con el pasado; sólo son necesarias esas casi imperceptibles modificaciones de espíritu y de forma que se inscriben, modificándola, sobre la línea segura que ofrece la tradición. Con lo cual queda dicho que es posible innovar conservando, o, expresado de otro modo, crear sin destruir. La destrucción, que a las veces aparece como una fatalidad histórica, afecta sólo a lo material de las formas de vida del pasado, pero no a lo esencial de ellas, que de hecho se inserta en las formas de vida del presente. El esfuerzo por destruir ciertas formas de vida indica por sí mismo que ellas siguen teniendo una acción dinámica actual. Estas precisiones no son superfluas. Fijan la posición que desde nuestro presente debemos asumir ante nuestro pasado; permiten, a la vez, que éste adquiera un cierto carácter normativo en lo que concierne a nuestro presente. Nuestro presente es - ya lo vimos - una consecuencia de la acción de diversas fuerzas confluyentes. No es posible desdeñar ninguna de ellas. Somos - lo hemos dicho -, europeos radicados en América. Agreguemos, ahora, que esta afirmación no tiene para nosotros sentido peyorativo. Pensamos que tan esencial como el adjetivo gentilicio "europeo" es, en esa formulación, el participio pasivo "radicados", porque si bien lo europeo es para nosotros ineludible, también lo es, - tal como lo hemos ya afirmado -, que al radicarse entre nosotros se modifique, adquiriendo fisonomía, calor y color vitales distintos a los originales.

Todo esto permite inferir algunas conclusiones.

En primer término: debemos afirmarnos en la idea de que nuestro pasado, en un sentido amplio, es la gran tradición occidental, tomada esta expresión en su más vasto sentido. Por fatalidad histórica, pertenecemos y estamos insertados en esa gran tradición. Sus bienes culturales son nuestros bienes. Debemos recibirlos con la calidez y la emoción de quien recibe dones de generosas manos paternas. Pero sin olvidar que esos bienes, para llegar a nosotros, deben bogar largamente a través del Atlántico. Nuestra actitud ante ellos no puede ser estática sino di-

námica. Sólo con el esfuerzo nacido del amor y del afán de perfección podremos incorporarlos realmente a nuestras vidas. Sólo por ese esfuerzo ellos "serán" realmente nuestros, y no "estarán", simplemente, en nosotros. Nos hallamos, pues, ante un pasado lejano no sólo temporalmente sino también geográficamente. Pero él es uno de los hitos en que debe fijarse nuestra atención.

En segundo término: si bien nuestro pasado, en un sentido general, está constituido por la gran tradición occidental, no es inconciliable con ello que dentro de esa tradición se recorte una pequeña pero para nosotros importante provincia, de rasgos definidos, de contenidos especificados, que constituye, como peculio propio, nuestra "tradición nacional". A esta tradición nacional, o local, si se prefiere, que es, con respecto a la occidental una sub-tradición, debemos ligarnos cada vez más hondamente. Amar al aborigen (¡tan admirable y a quien quizás solamente Artigas entre los grandes héroes americanos supo amar y comprender), amar al hombre colonial y al gaucho, es amarnos a nosotros mismos en nuestros antepasados. Quizás sea ésta la única forma en que el amor a sí mismo sea una forma generosa y creadora del amor propio. Al aborigen, al hombre colonial, al gaucho, debemos, pues, vincularnos. Pero no para imitarlos (sociedades nativistas y demás), en un absurdo intento de galvanizar un cadáver. Ellos tienen que operar desde su lejanía temporal, haciéndose íntimos en nosotros, pero sin constituirse en rémora paralizante de nuestra evolución. Hay que fijar en ellos la mirada, porque conociéndolos nos conoceremos. Pero sin olvidar que el pasado, a través del presente, nos proyecta al futuro.

En tercer término: nuestra tarea, y esto surge de lo anterior, consiste esencialmente en conciliar e integrar todos esos ingredientes dispares, de origen tan diverso, que constituyen el "sustractum" de nuestra realidad. De esa conciliación e integración saldrá nuestra originalidad, y lo que hoy nos suele parecer lo caótico, lo informe, lo carente de orden, adquirirá forma definida, ley y claridad. En rigor, si consideramos nuestra producción in-

telectual, veremos que esa conciliación e integración es uno de los elementos definitorios de ella. Recordemos un solo ejemplo: la estupenda *Epopeya de Artigas* de Zorrilla de San Martín. Esa obra (desdichadamente no tan leída como debiera serlo) recibe calor, es cierto, del hogar de Carlyle, pero su fuego íntimo, el más auténtico y hondo, proviene de Artigas y de la interior visión que de él tuvo Zorrilla.

Las conclusiones que anteceden no quedarían completas si no agregáramos por lo menos una más, - esencial, a nuestro juicio - y que es la siguiente: el hallazgo, - o creación, tal como hemos dicho antes - de nuestra originalidad, el hallazgo - o creación - de nuestra "alma colectiva", sólo se podrá lograr a través de una profunda inmersión de cada uno en sí mismo. Un "alma colectiva", en último rigor, no es más que el sustrato común de ciertos modos mentales, de ciertos hábitos afectivos, que, diversamente matizados, se dan en todos los co-agonistas de una colectividad. Buscando profundamente cada uno dentro de sí, hallará las vías de su originalidad, de lo que constituye en última instancia lo auténtico de su vida. La suma de esa originalidad y autenticidad individual, - constituida en un todo -, dará por fin la autenticidad y originalidad colectiva, ofreciéndonos esa atmósfera vital, ese aire intelectual que requerimos. En esto, como en todo, el interés - y la verdad - individual, están insolublemente unidos al interés - y la verdad - colectivos. No somos partidarios de ninguna clase de patetismo, - esa forma histriónica del sentimiento. Y en cierto modo, y a pesar de nuestra admiración por su obra, nos desplace el patetismo unamuniano. Pero nos parece oportuno recordar aquí su grito: "Adentro". Practiquemos una introversión metódica, no por mero hedonismo sino como medio de llegar - a través de una posterior extroversión voluntaria - a la conquista, a la creación, de esa "personalidad nacional" tras la que ya andaba, hace algo más de 120 años, don Andrés Bamas.

ARTURO SERGIO VISCA